

Cuando la vulgaridad domina el escenario político

Testigos somos hoy los argentinos del triste espectáculo que ofrecen las campañas políticas y las deliberaciones parlamentarias. Sea cual fuere la bandera ideológica, afirmamos que la forma, los medios y circunstancias a través de las cuales se dirimen estas campañas y deliberaciones dan cuenta de lo bajo en que ha caído el acontecer político en Argentina. Este bochornoso espectáculo es producto, como diría Stan Popescu, de la *“diosa irracionalidad o divinización de la bestia”*¹.

El voto popular es hoy conquistado a través de un indiscriminado y delirante ensalzamiento de las masas, en el que prevalece la manipulación emocional y la vulgaridad, en desmedro de todo aquello que tenga que ver con lo virtuoso y la madurez cívica de un pueblo. Como afirmaba Ortega y Gasset: *‘Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera’*².

El *“homo demagógicus”* ha sustituido al *“homo políticus”* Consecuencia de ello: por un lado, el *hombre-masa*, emocionalmente cautivo y resignado a la inmoralidad, a la indecencia y la corrupción de los demagogos de turno, que acepta vivir en una infra-cultura dominante en la que predomina la irracionalidad y la exaltación de los más bajos y vulgares sentimientos, enemigos ellos de toda virtud y de toda moral. Del otro lado, el *representante del pueblo* (demagogo) solamente preocupado por conquistar el favor popular, prometiendo un paraíso terrenal y el fin de todas las penurias económicas, agudizando para ello su retórica y los recursos disponibles, manipulando a la *masa* a través de los medios de comunicación masivos y de las redes sociales (*mass-media*), por lo general serviles al demagogo de turno³.

Sin duda alguna, el voto popular hoy se logra mediante la conquista de emociones y de promesas utópicas que entusiasman a la *masa*. En la Argentina de los últimos años somos testigos de ello, padecemos una clase política que se identifica con el *“homo demagógicus”* y que, sin temor de caer en lo vulgar y mediocre, cuando no en lo grotesco, en lo obsceno y corrupto, sigue cautivando a gran parte de la sociedad ganando su voto y aprovechándose de ella, en perjuicio del resto.

En ese brillante Radiomensaje de Navidad de 1944, el entonces Papa Pío XII decía que *pueblo y masa* son dos conceptos diferentes, ya que el pueblo vive y se mueve con vida propia, mientras que la masa es de por sí inerte y no puede ser movida sino desde fuera.

“El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que la componen, cada uno de los cuales — en su propio puesto y a su manera— es persona consciente de sus propias responsabilidades y de sus convicciones propias. La masa, por el contrario, espera el impulso de fuera, juguete fácil en las manos de un cualquiera que explota sus instintos o impresiones, dispuesta a seguir, cada vez una, hoy esta, mañana aquella otra bandera (...) De la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejada y usada, puede también servirse el Estado: en las manos ambiciosas de uno solo o de muchos agrupados artificialmente por tendencias egoístas, puede el mismo Estado, con el apoyo de la masa reducida a no ser más que una simple máquina, imponer su arbitrio a la parte mejor del verdadero

¹ Stan Popescu: *“Autopsia de la democracia, un estudio de la anti-religión”*, Editorial Euthymia -1984

² José Ortega y Gasset: *“La rebelión de las masas”*, Revista de Occidente -1930

³ Stan Popescu: *obra citada*

pueblo: así el interés común queda gravemente herido y por mucho tiempo, y la herida es muchas veces difícilmente curable”.

De ello se desprende claramente, afirma Pío XII, que *la masa es la enemiga capital de la verdadera democracia* y de su ideal de libertad y de igualdad. Y sigue diciendo:

*“Los pueblos cuyo temperamento espiritual y moral es suficientemente sano y fecundo, encuentran en sí mismos y pueden dar al mundo los heraldos y los instrumentos de la democracia que viven con aquellas disposiciones y las saben de hecho llevar a la práctica. En cambio, donde faltan semejantes hombres, vienen otros a ocupar su puesto para convertir la actividad política en campo de su ambición y afán de aumentar sus propias ganancias, las de su casta y clase, mientras la búsqueda de los intereses particulares hace perder de vista y pone en peligro el verdadero bien común (...) Como antítesis de este cuadro del ideal democrático de libertad y de igualdad en un pueblo gobernado por manos honestas y pródigas, ¡que espectáculo presenta un Estado democrático dejado al arbitrio de la masa! La libertad, de deber moral de la persona se transforma en pretensión tiránica de desahogar libremente los impulsos y apetitos humanos con daño de los demás. La igualdad degenera en nivelación mecánica, en uniformidad monocroma: sentimiento del verdadero honor, actividad personal, respeto de la tradición, dignidad, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se hunde y desaparece. Y únicamente sobreviven. por una parte, las víctimas engañadas por la fascinación aparatosa de la democracia, fascinación que se confunde ingenuamente con el espíritu mismo de la democracia, con la libertad e igualdad, y por otra, los explotadores más o menos numerosos que han sabido, mediante la fuerza del dinero o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada y aun el mismo poder”.*⁴

Sin duda, la democracia como forma de gobierno es uno de los paradigmas del mundo globalizado, pero para poder vivirla plenamente es necesario un *pueblo*, es decir, hombres debidamente formados y educados en la virtud, plenamente conscientes de sus deberes y derechos, hombres moralmente sanos que tengan vida propia y fecunda, que no se dejan manipular y que no negocian su tradición, sus convicciones y principios. De lo contrario, sólo queda el triste espectáculo que ofrece hoy la clase (casta) política argentina –salvo pocas y honradas excepciones- que ofende y avergüenza a aquellos ciudadanos de bien que no se resignan a ser rebaño de nadie y que anhelan ver a los mejores hombres (aristocracia, en sentido clásico) al frente de los destinos de la Nación.

Pero los mejores hombres no resultan de la nada, se forman, se educan, y es éste el más importante tema postergado desde hace décadas en Argentina: la educación. Esta es la condición básica y primordial que permite elevar el nivel cívico, ético y cultural de un pueblo y el de sus representantes, y la que da sustento a la formación de un cuerpo calificado de dirigentes políticos y sociales (*élite*).

En una sociedad donde predomina el *hombre-masa*, hábilmente manejado y usado, y en la que su dirigencia política, en su mayoría, adolece de hombres probos y selectos, resulta imposible vivir una auténtica democracia. Los argentinos, lamentablemente, tenemos pruebas suficientes de ello.

DANIEL PASSANITI
18 octubre 2025

⁴ Pío XII: *Radiomensaje Benignitas et Humanitas*, 24-XII-1944